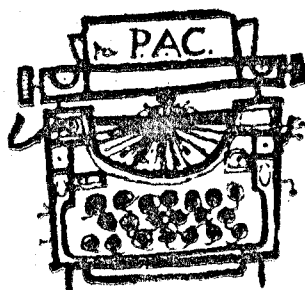


# escrito a máquina

## Actitudes frente a la pared



Esta semana —cuando menos tranquilidad gozaba para reflexionar— fue cuando más correspondencia recibí, sumando a mis propias inquietudes las ajenas. Si de algo estoy convencido es de la sed de orientación y de justicia de la juventud nicaragüense. ¿Es posible que en vez de abrirle puertas le cerremos hasta las ventanas? —Yo quisiera responder a todo lo que se me interroga pero noto en muchas preguntas el resultado de una formación desviada. Se les ha enseñado a los jóvenes a consultar oráculos. Y a las soluciones no se llega por respuestas de oráculos sino por la investigación y la búsqueda en equipo, en comunidad. A los jóvenes se les excluye de las responsabilidades porque —según dicen los viejos— “no están preparados”, como si su preparación no fuera, precisamente, hacerles participar de la responsabilidad. Por eso, con frecuencia, se hallan indefensos ante las respuestas fáciles y engañosas. Es la falta de diálogo en el buscar lo que ha impedido hallar respuestas aun a los problemas más elementales, o lo que ha permitido elaborar respuestas fáciles y engañosas a problemas complicados.

Esta semana sólo he podido contestar una carta. Pido a mi desconocido amigo E. R. no tomar mi respuesta como una lección profesoral, sino como una sencilla conversación de quien trata de aportar un punto de vista, una reflexión, sobre un grave problema cuya solución todavía buscamos.

—»(0)«—

A E. R.

Una frase de su carta me recordó de pronto toda una etapa de mi juventud. “Usted —me dice— me obligó a pensar en algo que no quería pensar”. Cuando uno está desesperado le parece traición debilitar con su propia crítica el clavo ardiente y único del cual está sostenido. Lo comprendo. Yo fui así y muchos jóvenes han llegado hasta al sacrificio por no ceder ni su propia reflexión.

El joven pide respuestas a sus interrogantes. Al no recibirlas —al recibir lo contrario de la respuesta que es el engaño; o al recibir lo contrario de la comprensión que es el prejuicio— se lanza por el camino de la desesperación que es siempre violento. Hoy usted ve que “la violencia está justificada pero que la economía de la violencia arroja un saldo desastroso”. Y su pregunta; “¿Pero, cómo seguir luchando?”.

Esto me recuerda la famosa página de Dostoievski sobre la pared. La pared es el símbolo del obstáculo infranqueable con el cual, un día u otro, tropieza el hombre. Símbolo oscuro y terrible que el mismo hombre ha erigido para cerrar la libertad al inventar los muros de la prisión. ¿Cuántas cosas pudieran decirse sobre la pared, que puede ser la defensa y amparo del hombre al estructurar un hogar, como también el sofocante e infernal límite carcelero de todo avance y de todo movimiento de libertad!... Porque aun las cosas más hermosas —como el Poder, la Inteligencia y hasta el Amor— pueden ser cielo o infierno: Pared.

Pero Dostoievski supone la pared límite. La que cierra y encierra la libertad y el progreso humano, y sopesa ante ella dos actitudes: la del toro y la del ratón.

El toro siente ante ella que todo su noble impulso ha sido detenido. ¿Qué hace? —Cerrar los ojos enfurecidos y embestir. Poco a poco su violencia se convierte en golpes contra su misma frente. Nada puede. Mira la pared y cree entonces que es sagrada. Se echa. Admite el valor de la pared. Se tranquiliza. Deja que, no sólo su fuerza y su noble estampa quedan prisioneras, sino también su mente. Es ya un mente-cautivo, un mente-capto, un mentecato.

En cambio el ratón recorre una y otra vez los bordes del muro. Está encerrado. Pero el ratón no admite el valor de la pared. Se siente ofendido. El sabe que es un ratón. Se sabe concienzudamente que es un ratón y no un toro. Sabe que “la economía de la violencia arrojaría un saldo desastroso” para él. Entonces horada.

Horada y horada aun cuando piense que es una insensatez y que la esperanza está lejana. Quizás, precisamente porque la esperanza está lejana horada con más ahínco. La clarividencia de la desesperación es lo que lleva al ratón a su libertad.

Quizás esta página de Dostoievski le sirva a usted para seguir reflexionando. Pero, entiéndame: no es que yo venga a recomendarle como programa la lentitud. Sino la eficacia.

PABLO ANTONIO CUADRA